

Bogotá con el Chibcha, vale lo mismo también para el grupo del Noreste del tronco del Aruaco, a los cuales yo ahora añado el Sinsiga. No admite la menor duda que éstas, de todo punto importantes relaciones lingüísticas corresponden a los hechos arqueológicos solo brevemente esbozadas en los párrafos que anteceden. Es imposible, en el marco de esta limitada disertación entrar más de cerca en el capítulo en sí particularmente interesante de los objetos de oro; y ésto, ante todo, por el motivo de que aquí, por desgracia la colección del señor Wiss tiene un vacío. Del Sureste de Costa Rica casi nada existe en ella: prescindiendo de algunos fragmentos de figuras de guanín, sólo hay de mencionarse dos fragmentos de discos de cobre con toques ligeros cincelados en la orilla traídos de Escazú y un muy hermoso y grande disco de oro N^o 7096, de la pendiente del Volcán Irazú; piezas del territorio güetar que tienen su más exacto paralelo en hallazgos del Sureste de Costa Rica, existentes en otras colecciones. Por lo demás, también son muy estrechas las relaciones entre las cosas de oro del dominio güetar y las de los objetos del Sureste de Costa Rica, junto con los del vecino Chiriquí y Colombia.

Continuará

La retirada súbita de San Martín

Relato del General argentino Tomás Guido, publicado
últimamente en "La Nación" de Buenos Aires

Entre los episodios memorables de la vida militar y política del general Don José de San Martín, uno de los más importantes es sin duda su retirada súbita del Perú, en la ocasión en que fortalecido por sus triunfos y apoyado por la opinión de los pueblos, había conseguido afirmar un ascendiente poderoso.

Diez mil soldados aguerridos obedecían sus órdenes, y si bien no faltaban elementos de discordia, ni esas emulaciones turbulentas que suelen engendrarse con el envanecimiento de la gloria, es evidente que el jefe, querido de su ejército, se hallaba en actitud de domeñar toda resistencia a su prestigio.

Daba además nervio a aquella fuerza respetable, la escuadra chilena, dominadora del Pacífico, mandada por militares renombrados, al mismo tiempo que la posesión de las fortalezas del Callao, provistas de inmenso material de guerra, rendidas a nuestras armas el año de 1821, por una capitulación que me cupo la honra de negociar y firmar, facilitaba las operaciones del ejército que bajo la dirección de un esforzado caudillo, entró victorioso en la capital de Lima, extendiéndose hasta Tumbes en las provincias del Norte.

Aunque los realistas ocupaban todavía una parte considerable del territorio, ningún embarazo superior a los medios de que disponía el general San Martín se divisaba sobre el campo de sus ulteriores maniobras. Todo parecía

estar dispuesto a robustecer en su espíritu la esperanza de terminar la campaña, afianzando para siempre la independencia y libertad del antiguo imperio de los Incas.

En esas circunstancias, apartando la vista de la perspectiva con que lo seducía la fortuna, se resolvió el 20 de setiembre de 1822, a dejar de pronto las playas del Perú, desdeñando los halagos de una autoridad garantizada por la opinión y por la fuerza.

¿INSPIRACION O ERROR?

¿Qué rara inspiración impelió al general hasta aventurar con un acto tan extraordinario, el fruto de tantos años de incesantes desvelos? ¿Qué preocupación dominante le sugirió la idea de renunciar nuevos laureles, abandonando a otras influencias la consolidación de su propia obra? ¿Acaso la larga lucha en que había aplicado con heroico tesón sus nobles facultades, llegó a quebrantar los resortes de su voluntad? ¿Acaso tocó tan amargas decepciones, obstáculos tales, que llevasen el desaliento a su esforzado pecho? ¿O fué arrastrado por un error sublime, en que la personalidad se presentaba en holocausto a la gran causa, a cuyo triunfo se sentía capaz de posponer los timbres de su propio renombre?

He ahí lo que está todavía pendiente del criterio filosófico de la historia: he aquí lo que, dejando la solución del problema a estudios más profundos, intento contribuir a descifrar con las revelaciones del general San Martín en las últimas horas de su despedida. Las expondré con austera verdad. El carácter mismo del personaje de quien se trata me la impone, y la más acendrada simpatía se torna menos escrupulosa para revelarla sin disfraz, ante una noble figura que pertenece íntegra a la posteridad.

ENTREVISTA CON BOLIVAR

Las últimas confidencias del prócer a que aludo, servirán, pues, a esclarecer el pensamiento con que subyugó la más legítima de las ambiciones humanas: abdicando la envidiable gloria de coronar sus sacrificios, con el éxito completo de la empresa confiada a su denuedo.

De regreso de su célebre entrevista con el general Bolívar en la ciudad de Guayaquil, el general San Martín me comunicó confidencialmente su intención de retirarse del Perú, considerando asegurada su independencia por los triunfos del ejército unido, y por la entusiasta decisión de los peruanos; pero me reservó la época de su partida, que yo creía todavía lejana.

Por este tiempo se instaló el Congreso Nacional en Lima, lo que importaba un gran paso en el sentido de la revolución.

ANTE EL CONGRESO

El general se presentó ante él despojándose voluntariamente de las insignias del mando supremo que investía, con el título de Protector del Perú. Sus palabras en aquella ocasión fueron dignas de tan solemne ceremonia.

Al retirarse fué colmado por la multitud, de vítores y aplausos. Yendo a tomar su carruaje para trasladarse a la quinta de la Magdalena, en los arrabales de la capital, me pidió le acompañase, diciéndome en el camino deseaba descansar y pasar la noche sin visitas. Miembro entonces del Gobierno de Lima, en el que desempeñaba el Ministerio de Guerra y Marina, mi ánimo se hallaba sobrecogido por el recelo de trastornos fundamentales en el Estado, viendo caer de pronto su más fuerte columna. Subí al carruaje con el general, llegando juntos a su morada campestre. Nadie vino a perturbar su deseada quietud.

En medio de cordial expansión, sin otra sociedad que la mía, paseábase por la galería de la casa, radiante de contento. De repente, dando a su conversación un giro inesperado, exclamó con acento festivo: "Hoy es, mi amigo, un día de verdadera felicidad para mí; me tengo por un mortal dichoso; está colmado todo mi anhelo; me he desembarazado de una carga que ya no podía sobrellevar, y dejo instalada la representación de los pueblos que hemos libertado. Ellos se encargarán de su propio destino, exonerándome de una responsabilidad que me consume."

Las palabras del general revelaban ingenuidad y su semblante un júbilo extremado: pero inopinadamente fué interrumpido por el aviso de un ordenanza, de hallarse a la puerta una Comisión del Congreso que pedía hablarle. En el acto pudo traslucirse en su fisonomía el disgusto que le causaba la visita; no obstante, no hesitó en recibirla, como lo hizo, con la debida cortesía. La Comisión la componían cinco diputados elegidos entre los más notables del Congreso. El ciudadano que la presidía dirigió al general, a nombre de su comitente, el más simpático saludo, manifestándole en lenguaje escogido, el vivo aprecio que sus eminentes servicios habían merecido de la Nación, y el encarecimiento con que el Congreso le pedía continuase ejerciendo el Poder, revestido de amplias facultades, confiado en que se prestaría a aceptarlo. Mostróse sorprendido el general por esta eminente oblación, y, agradeciéndola en términos proporcionados a la magnitud de la ofrenda, declaró a los comisionados la indeclinable resolución en que estaba de negarse a volver al gobierno político del país. Después de esta declaración, inútil fué la expresiva insistencia de la Comisión, que se retiró desanimada.

Terminada esta entrevista, el general recobró la alegría y se felicitaba chistosamente de haber escapado del precipicio a que se le empujaba. Mas, no bien habían corrido para él tres horas de solaz, conversando conmigo familiarmente, cuando le fué anunciada una nueva y más numerosa Comisión del Congreso, que le causó muy seria inquietud, dándole asunto a picantes apóstrofes sobre la posición embarazosa en que se colocaba. La segunda diputación del Congreso fué recibida, como la primera, con exquisita urbanidad. Su presidente apuró la oratoria, bajo la inspiración del más puro civismo, para persuadir al general de la cumplida confianza que la Nación depositaba en él y de la conveniencia de ceder a la súplica de verle al frente de una obra que, iniciada con tan venturosos resultados, debía ser terminada por el mismo campeón a quien la Providencia y el amor por los pueblos habían encumbrado a una posición excepcional.

ULTIMA CONTESTACION

Revistióse entonces el general de notable firmeza y, abundando en la expresión de su gratitud a la predilección con que el Perú le honraba, contestó en tono resuelto, poco más o menos: que su deseo por la libertad del país no reconocía límites; que no había sacrificio personal a que se excusase por consolidar su independencia, pero que su presencia en el poder político ya no sólo era inútil, sino perjudicial. Dijo que la tarea de ejercerlo incumbía a ilustrados peruanos, que la suya estaba terminada desde que podía regocijarse de verlos en plena posesión de sus derechos; manifestó asimismo que por rectas que sean las intenciones de un soldado favorecido por la victoria, cuando es elevado a la suprema autoridad al frente de un ejército, considérase en la República como un peligro para la libertad. Agregó que conocía esos escollos y no quería fracasar en ellos sin provecho público, que con esta persuasión se desprendía del mando y faltaría a la majestad del Congreso y aún de su pundonor si su actitud ante tan respetable cuerpo no importase un desistimiento franco y sin disfrazada ambición del distinguido puesto de que se apartaba para siempre.

Terminó pidiendo a los comisionados lo asegurasen así a la representación nacional, con la efusión de su profundo reconocimiento y en la certeza de que su partido estaba tomado irrevocablemente.

Entraba ya la noche, cuando la diputación se despidió, regresando a Lima a dar cuenta del resultado de su encargo.

PREPARATIVOS DE MARCHA

El general tan preocupado de su segunda entrevista como receloso de una tercera invitación, me dijo, acalorado: “Ya que no me es permitido colocar un cañón a la puerta con qué defenderme de otra incursión, por pacífica que ella sea, trataré de encerrarme.”

Se retiró en seguida a su aposento por sentirse ya fatigado. Allí se entretuvo en un rápido arreglo de papeles. Hasta entonces continuaba ocultándome su plan de retirada, que había preparado para esa misma noche a las nueve, en que me hizo llamar por su asistente invitándome a tomar el té en su compañía.

Nos hallábamos solos. Se esmeraba el general en probarme con sus agudas ocurrencias el íntimo contento de que estaba poseído, cuando de improviso, preguntóme:

—¿Qué manda usted para su señora en Chile?

Y añadió:

“El pasajero que conducirá encomiendas o cartas, las cuidará y entregará puntualmente.”

—¿Qué pasajero es éste—le dije—y cuándo parte?

—El conductor soy yo—me contestó—; ya están listos mis caballos para pasar a Ancón, y esta misma noche zarparé del puerto.

El estallido repentino de un trueno no me hubiera causado tanto efecto como este súbito anuncio. Mi imaginación me representó al momento con co-

lores sombríos las consecuencias de tan extraordinaria determinación. Mi antigua amistad se afectaba también ante la perspectiva de la ausencia de aquel hombre a quien consideraba indispensable, ligándome a él los vínculos más estrechos que pueden crear el respeto, la admiración y el cariño. Dejando aparte, empero, lo relativo a mis conexiones personales, recapitularé aquí tan sólo lo concerniente a la política, mis fervorosas interpelaciones al general y las contestaciones que me dió.

REFLEXIONES DE GUIDO

Bajo la penosísima impresión que experimenté al anuncio de su inmediata partida, le pregunté, agitado, si había medido el alcance del paso que daba, separándose del Perú precipitadamente, y el abismo a cuyo borde dejaba a sus amigos y la grandiosa causa que nos llevó a aquellas regiones.

Preguntéle también si consentía en que se vulnerase su nombre exponiendo su obra a los azares de una campaña no terminada todavía; si acaso le faltó nunca un caluroso apoyo en la opinión y las tropas; y si no recelaba que, apartado de la escena, sobreviniese una reacción turbulenta que hiciese bambolear el Congreso y derribase al Presidente destinado a sobrogarle, privado como quedaría de la más sólida garantía de su autoridad. En este caso, le dije, dueño el enemigo de la Sierra, ¿no podría caer al Llano como un torrente para aprovecharse del desquicio en que quedaríamos y restablecer su predominio? Interrogué al general qué contestaría a su patria y a la América, si substrayéndose a la inmensa gloria de terminar la guerra, se retirase del país cuando quedaba expuesto a un trastorno fundamental que malograría tantos afanes y el sacrificio de la sangre derramada por nuestra independencia, qué explicación daría a sus camaradas que le habíamos acompañado de buena fe, desde las orillas del Plata, y a quienes iba a dejar en orfandad y expuestos a la más peligrosa anarquía. Por fin, terminé mi caluroso desahogo pidiéndole encarecidamente desistiese de un viaje tan funesto y recordándole que el ejército argentino y chileno, conducido por él al Perú, bajo augurios felices, realizado hasta entonces conforme a nuestras esperanzas, había venido firmemente decidido a libertar al Perú del yugo colonial, y que esta noble misión quedaría incompleta si en vez de organizar la República la abandonaba delante de sus enemigos armados.

MOTIVOS DE SEPARACION

—Todo eso lo he meditado con detenimiento—repuso el general, visiblemente conmovido—; no desconozco ni los intereses de América, ni mis imperiosos deberes, y me devora el pesar de abandonar camaradas que quiero como a hijos, y a los generosos patriotas que me han ayudado en mis afanes: pero no podría demorarme un sólo día sin complicar mi situación: me marchó. Nadie, amigo, me apeará de la convicción en que estoy de que mi presencia en el Perú le acarreará peores desgracias que mi separación. Así me lo presagia el juicio que he formado de lo que pasa fuera y dentro de este país. Tenga usted por cierto que por muchos motivos no puedo ya mantenerme en mi puesto, sino bajo con-

diciones decididamente contrarias a mis sentimientos y a mis convicciones más firmes. Voy a decirlo: una de ellas es la inexcusable necesidad a que me han estrechado, si he de sostener el honor del ejército y su disciplina, de fusilar algunos jefes, y me falta valor para hacerlo con compañeros de armas que me han seguido en los días prósperos y adversos.

Al oír al general dominado de tal idea, no pude contenerme y, valido de su amistosa deferencia, le interrumpí diciéndole que permitiese oponerme a sus apreciaciones.

Para convencerse de su inexactitud bastaba recordar, le dije, que los jefes a que aludía, ya que contrariasen su política o comprometiesen la moral del ejército, podían en todo caso ser inmediatamente alejados, de preferencia a ocurrir a ninguna otra medida violenta, pues por más influencia que se atribuyesen a sí mismos, era de todo punto incontestable que el general contaba con la adhesión de los soldados y la lealtad de bravos jefes y oficiales, cuyos nombres le indiqué.

ARGUMENTO AGUILES: "BOLIVAR Y YO NO CABEMOS EN EL PERU"

—Bien—prosiguió el general—, aprecio los sentimientos que acaloran a usted, pero en realidad existe una dificultad mayor, que no podría yo vencer sino a expensas de la suerte del país y de mi propio crédito, y a tal cosa no me resuelvo. Lo diré a usted sin doblez, Bolívar y yo no cabemos en el Perú; he penetrado sus miras arrojadas, he comprendido su desenvolvimiento por la gloria que pudiera caberme en la prosecución de la campaña. El no excusará medios, por audaces que fuesen, para penetrar a esta República, seguido de sus tropas; y quizás entonces no me sería dado evitar un conflicto a que la fatalidad pudiera llevarnos, dando así al mundo un humillante escándalo. Los despojos del triunfo, de cualquier lado a que se inclinase la fortuna, los recogerían los maturrangos, nuestros implicables enemigos, y apareceríamos convertidos en instrumentos de pasiones mezquinas. No seré yo, mi amigo, quien deje tal legado a mi Patria, y preferiría perecer antes que hacer alarde de laureles recogidos a semejante precio: ¡eso, no! Entre, si puede el general Bolívar, aprovechándose de mi ausencia; si lograrse afianzar en el Perú lo que hemos ganado y algo más, me daré por satisfecho; su victoria sería, de cualquier modo, victoria americana.

En vano me esforcé sin pérdida en borrar en el ánimo del general las impresiones que le precipitaban a una fatídica abnegación. El resistía, repitiendo: "No, no será San Martín quien contribuya con su conducta, a dar un día siquiera de zamba al enemigo, contribuyendo a franquearle el paso para saciar su venganza."

PROPOSITO IRREVOCABLE

Todos mis razonamientos se estrellaban, pues, en su inconmovible propósito. Como mi primer ímpetu fuese seguirlo a su destino, él general me pidió no me alejase del general La Mar, a quien, según sus palabras llenas de elogios hacía ese digno americano, esperaban pruebas difíciles en su futura presidencia.

Resuelto con mejor consejo a quedarme, le manifesté que permanecería en la República hasta que se disparase el último cañonazo por su independencia, y como en efecto lo hice, no regresando a mi patria sino a fines del año 26.

Conforme se acercaba la hora de la partida, el general, sereno al principio de nuestra conversación, pareció ahora afectado de tristes emociones, hasta que, avisado de su asistente de estar prontos a la puerta su caballo ensillado y su pequeña escolta, me abrazó estrechamente, impidiéndome lo acompañase, y partió al trote hacia el puerto de Ancón.

CARTA DE DESPEDIDA

Esto pasaba entre nueve y diez de la noche. En la mañana del siguiente día recibí la carta que copio íntegra a continuación, cuyo autógrafo conservo y que nunca leo sin enternecimiento:

“Señor general don Tomás Guido.—A bordo del “Belgrano”, a la vela, 21 de setiembre de 1822, a las 2 de la mañana.—Mi amigo: Usted me acompañó de Buenos Aires uniendo su fortuna a la mía; hemos trabajado en este largo período en beneficio del país lo que se ha podido; me separo de usted, pero con agradecimiento, no sólo a la ayuda que me ha dado en las difíciles comisiones que le he confiado, sino que con su amistad y cariño personal ha suavizado mis amarguras y me ha hecho más llevadera mi vida pública. Gracias y gracias, y mi reconocimiento. Recomiendo a usted mi compadre Brandsen, Raufet y Eugenio Necochea. Abraza usted a mi tía y Merceditas. Adiós.—Su San Martín.”

La lectura de esta carta me causó la más honda conmoción, y en cuyo laconismo se refleja el carácter afectuoso y varonil de su autor desvaneció en mí toda esperanza de que el ilustre amigo que me escribía, volviese atrás en su resolución. El adalid que ocupa el primer puesto en nuestros fastos militares, aquel cuyo nombre era nuncio de victoria para las armas argentinas, el general Don José de San Martín, solo, y dejando a la espalda la América que había contribuido tan poderosamente a libertar, surcaba ya los mares en dirección a las remotas playas donde ha terminado su venerable existencia, lejos de la Patria, pero presente a su eterno reconocimiento.

EL FALLO DE LA HISTORIA

Confúndese el espíritu ante la determinación de aquel varón esclarecido, sin poder marcar el límite entre un desinterés magnánimo y el abandono de la empresa que descansaba sobre sus fuertes hombros. La Historia misma vacilará antes de fallar sobre una acción, que ha dado margen a apreciaciones tan diversas. Por fortuna, el general San Martín tuvo en Bolívar un digno sucesor. En honor de su fama, que nos es tan cara, debe presumirse que su intuición admirable le dejó claramente percibir la prodigiosa altura a que era capaz de remontarse el cóndor de Colombia.

Entre tanto, si los argentinos sentíamos el pesar profundo de ver disuelto el ejército, como el primer fruto de la ausencia del amado jefe, los restos de

nuestros guerreros, en quienes palpitaba todavía la inspiración del genio que atravesó los Andes, llevaron a gloriosos campos de batalla el contingente de su pericia y de su antiguo valor, concurriendo así a sellar definitivamente con su sangre la independencia del Perú.

TOMÁS GUIDO

Reproducido en "El Universal" de Caracas, el 7 de junio de 1910.

Tomado de la Revista de la Sociedad Bolivariana, Organo de la Sociedad Bolivariana de Venezuela, 24 de junio, 1942. Vol. IV. Núm. 10. Año 3. Pág. 51.

El verdadero Morazán

Por Don Luis Cartin González

La plaza principal de San José—hoy Parque Central—fué el 15 de setiembre de 1842, teatro de un acontecimiento de profundo sentido dramático y muy justificada sensación histórica.

Al declinar la tarde de ese día y fulminado por los disparos de fusil de un piquete de milicianos, cayó el General don Francisco Morazán, quien 5 meses antes se había adueñado del mando supremo de Costa Rica, mediante la deslealtad del General salvadoreño don Vicente Villaseñor, al servicio del Presidente Carrillo.

Esa ejecución ordenada por el General don José Antonio Pinto, Jefe del alzamiento popular contra Morazán, dió origen a diversos comentarios que aun en nuestros días, no obstante separarnos ya de aquella fecha un siglo, apasionan todavía a simpatizadores del caudillo y a quienes juzgan la actuación política de éste desde un punto de vista adverso.

Según los partidarios y admiradores irrestrictos de Morazán, su fusilamiento fué un crimen inaudito y atroz, perpetrado a sangre fría y constituye un baldón eterno para nuestra patria costarricense.

Los impugnadores de esa opinión sostienen, en cambio, que al aplicarse la pena capital al General Morazán, no se hizo otra cosa que echar mano de un legítimo medio de represión contra quien una vez en el ejercicio del Poder se erigió en conculcador de los derechos ciudadanos de los costarricenses, intentando asimismo, violar nuestra tradicional y salvadora norma de mantenernos apartados de las luchas políticas suscitadas entre nuestros hermanos del Norte.

Otro núcleo de comentaristas con criterio más sereno y reflexivo, analizando y pesando los hechos en todo su alcance, piensan que Morazán fué arrollado por la fuerza de los acontecimientos precipitados por él mismo y que bien pudo salir con vida y honra de la emergencia, a no haberse em-